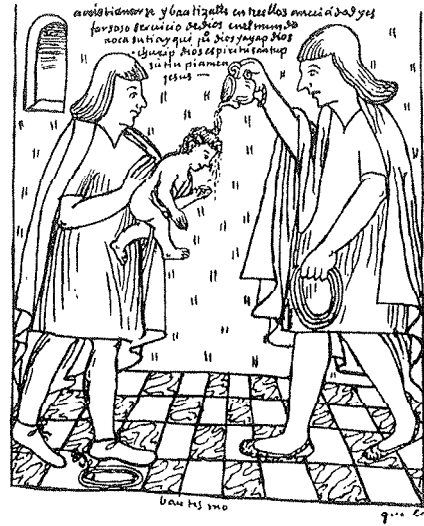


Pbro. Fernando María Cavaller
Rector del Seminario de la Arquidiócesis de La Plata, República Argentina. Fundador y Director de la Asociación "Amigos de Newman" en Argentina. Director de la Revista "Newmaniana". Escritor y articulista.



La fe en el pensamiento de John Henry Newman*

John Henry Newman fue un hombre excepcional para una época de excepcional confusión. En Newman se da una profunda relación entre experiencia religiosa y teología, entre vida de fe y teología de la fe. Newman supera la separación entre fe y experiencia, entre objetividad del misterio y subjetividad de la vivencia religiosa,

que imperaba en su tiempo. La conexión entre experiencia y fe le permitirá evitar tanto el intelectualismo como el emocionalismo. Por esto sigue vigente como maestro y guía casi profético, en un mundo que ha ahondado la crisis cultural, en su sentido más profundo y extenso, de fines del siglo XIX.

Durante el siglo XX, los estudios newmanianos se multiplicaron de manera asombrosa. La personalidad de Newman, cuya vida abarcó prácticamente todo el siglo XIX, parece haber suscitado en el ámbito católico posterior un interés mayor y de más amplia influencia que el que tuvo en su propio tiempo. A poco más de un siglo de su muerte, la teología actual lo considera ya una de las fuentes de su desarrollo, y disponemos de un repertorio extenso de obras escritas por insignes teólogos, artículos, ensayos, tesis doctorales y obras menores. A esto se suma la significativa inclusión de Newman en los últimos textos magisteriales de la Iglesia.

Su originalidad estuvo, aunque decirlo sea un lugar común, en ir a los orígenes del pensamiento cristiano, donde hizo pie para encontrar la verdad católica, en una actitud por demás olvidada o no verdaderamente tenida en cuenta por sus contemporáneos, a excepción de aquellos que iniciaron con él el movimiento tractariano. Sin negar la relevancia de la escolástica, que conoció menos, Newman

* Conferencia pronunciada en la Universidad de Montevideo, 14 de junio de 2001.

redescubre la patrística, y con ello ingresa con derecho entre los grandes iniciadores de la renovación teológica del siglo XX.

Sus obras, que ocupan noventa volúmenes, si contamos sus más de veinte mil cartas, nos obligan a una extensa lectura, si queremos buscar su pensamiento acerca de algún tema. Siempre recuerdo el primer consejo del Padre Hugo de Achaval, el más importante estudioso de Newman en la Argentina, exhumador en Birmingham, junto al Padre Dessain, de numerosos inéditos y cartas: «Tenés que empezar por leer mucho» -me dijo. Lo cual significaba adentrarse no sólo en las grandes obras sistemáticas, *The Arians*, *The Prophetic Office (Via Media)*, *Lectures on the Doctrine of Justification*, *Development*, *Idea de una Universidad*, y *Grammar of Assent*, o en su *Apología* y Tractos y Ensayos varios, sino también en su numerosa obra homilética, que constituye en sí un verdadero corpus teológico (sciscientos sermones), así como en sus *Meditations and Devotions*, y aun en su epistolario.

Si queremos hablar de Newman y la fe, hay que ir a todos estos sitios. Creo, además, que no se puede hablar de Newman sin citarlo expresamente. He dividido la exposición sobre la fe en algunos subtítulos que iré enunciando para guiar mejor su desarrollo.

Teología de la fe y experiencia de la fe

Lo primero que hay que decir, y especialmente referido al tema de la fe, está comúnmente aceptado por los grandes newmanistas de este siglo: en Newman no es separable su teología de su vida. Existe en él una honda relación entre experiencia religiosa y teología, entre vida de fe y teología de la fe. Al mismo tiempo, hay que reconocer el asombro que produce encontrarse con una personalidad tan conciente del desarrollo de las propias ideas y tan dotada para expresarlo en su mismo discurso teológico. En realidad, se podría decir que cualquier investigación sobre el pensamiento de Newman ya ha sido comenzada por él mismo.

Como afirma el Padre Morales, «la experiencia creyente se halla en estrecha relación con la fe y la vida eclesiales, y contribuye a que la teología no sea una actividad puramente intelectual o erudita. Esta experiencia nutre la actividad teológica y es una garantía de su recta orientación». Existe entonces una estrecha relación entre fe y experiencia cristiana. La fe procede de una experiencia religiosa en la que se incoa, y a su vez la experiencia cristiana es como el desarrollo de la fe en el sujeto.

Es obvio, por ejemplo, que los escritos de San Agustín están impregnados de vivencia religiosa. San Anselmo es autor de una teología de la fe que incluye un

discurso sobre la experiencia creyente. Es verdad que a partir de Lutero todo esto queda impregnado de un subjetivismo creciente, pero la experiencia religiosa, tal como se plantea y desarrolla en la autobiografía y en la teología de Newman, es subjetiva, pero no subjetivista. Newman supera la separación entre razón y experiencia, entre objetividad del misterio y subjetividad de la vivencia religiosa, que imperaba en su tiempo. Precisamente, la conexión entre experiencia y fe le permitirá evitar los dos extremos: el intelectualismo y el emocionalismo¹.

Claro que la experiencia creyente no es la misma que la experiencia que brota únicamente del mundo y sus acontecimientos. En un sermón de Newman, de 1838, que lleva precisamente por título *Fe y experiencia*, expresa:

... el gran error en el que se encuentran los hombres del mundo, es juzgar acerca de asuntos religiosos sólo por lo que la experiencia de la vida les dice. Debemos creer algo. La gran diferencia entre los hombres religiosos y los otros es que éstos confían en este mundo y aquéllos en el mundo invisible. Ambos tienen fe, pero unos la tienen en la superficie de las cosas y otros en la palabra de Dios².

Fe y visión

Podríamos decir que una de las primeras distinciones que están en la mente de Newman desde el comienzo es la que existe entre fe y visión. Una cosa es ver y otra creer. La fe trata de lo que no se ve, del mundo invisible. Dice en el mismo sermón:

...es nuestra profesión verdadera como hijos del reino, caminar por la fe y no por la visión... Insisto en la necesidad en la que nos encontramos, si queremos ser cristianos, de extraer nuestras nociones y puntos de vista religiosos, no de lo que vemos, sino de lo que no vemos y sólo escuchamos³.

Pero esa fe quiere llegar a ser visión. Para San Agustín la fe era sólo una condición provisional de la posesión de la verdad por parte del hombre, provista por Dios para una educación económica de la humanidad pecadora y para ser aceptada en actitud de humillación. El deseo natural de la verdad lucha hacia la posesión en la visión. Esto causa la contemplación mística y la investigación teológica, que están conectadas en la escuela agustiniense. Santo Tomás, comentando la definición de Agustín de la fe: *credere est cum assensione cogitare*, explica que la mente no puede descansar en la fe porque no es el modo connatural

1 MORALES, J., *Introducción a la Teología*, EUINSA, Madrid, 1998, pp. 171-176.

2 S.D. VI, pp. 63 y ss.

3 S.D. VI.

de poseer la verdad y que, entonces, el creer es animado por incesante movimiento de pensamientos hacia la visión.

La palabra «creer» encierra una opción fundamental ante la realidad como tal; es la forma de permanecer en toda la realidad. Es una opción por obra de la cual lo que no se ve no se considera irreal sino lo auténticamente real, lo que sostiene y posibilita toda la realidad restante. A esta actitud se llega por lo que la Biblia llama «conversión». El hombre, por inercia natural, tiende a lo visible, se fía de lo que ve. La fe es conversión a lo invisible⁴. Por ello prepara la visión escatológica.

Newman, en el que considero su más bello y profundo sermón, titulado precisamente *El mundo invisible*, comenta el texto de San Pablo: «No ponemos nosotros la mirada en las cosas que se ven, sino en las que no se ven, porque las que se ven son temporales, mas las que no se ven, eternas» (2 Cor 4, 18). Al respecto, dice Newman:

Además de este mundo universal que vemos, existe otro mundo, igualmente extenso, igualmente próximo a nosotros y más maravilloso; otro mundo que nos rodea por todas partes, aunque no lo vemos, y esta razón de no verlo y no otra, lo hace más maravilloso que el mundo que vemos. A nuestro alrededor hay innumerables seres que van y vienen, que velan, que trabajan o esperan, y que no vemos. Tal es este otro mundo que los ojos no alcanzan, sino únicamente la fe... El mundo conocido por la fe es más importante que el mundo accesible por nuestros sentidos. Pues es en este mundo invisible, o más bien en la parte invisible del único mundo, donde Dios habita y Cristo entró, donde las almas de los fieles se unirán a Él, y donde los ángeles residen desde siempre. ...lo invisible no invade súbitamente lo visible, sino que estuvo siempre ahí desde el principio, y está aún, «detrás» de lo visible, mucho antes de que nos diéramos cuenta, y aun cuando persistiéramos en ignorarlo. (...) Y un día cercano, ese mundo...nos será revelado como una vez apareció a Jacob, como el más verdadero de todos, el único que dura para siempre⁵.

Visión de fe y visión mundana

Pero otra dimensión que encontramos en Newman es la contraposición en este mundo entre la visión de la fe que tiene el creyente y la visión profana o mundana que tiene el incrédulo, como expresaba en su sermón *Fe y experiencia*. Y Newman habla de los hombres que viven según un modo u otro de ver la realidad. Así encontramos entre sus *University Sermons*, el número 7, titulado *Contest between Faith an Sight* (Contienda entre la fe y la visión), de 1832, donde se trata de las realidades y los testimonios que se aceptan inmediatamente, y aquí hay una lucha

4 RATZINGER, J., *Introducción al cristianismo*, pp. 21-58.

5 PPS IV, XIII, p. 200.

entre visión profana y visión de fe. Dice en el Sermón universitario:

San Juan compara entre sí la fuerza del testimonio del mundo, y la del que ofece el Evangelio. «Si aceptamos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios. Y Dios ha dado testimonio acerca de su Hijo» (1 Jn 5,9)...el Evangelio nos proporciona en la persona y la historia de Cristo un testimonio del mundo invisible, y así se dirige también él a nuestros sentidos e imaginación, de la misma manera que nos embisten las falsas doctrinas del mundo.

Newman describe luego admirablemente la erosión paulatina⁶ de la fe que sufre el joven que se va dejando impregnar de los puntos de vista profanos, hasta imaginar que la conserva porque la ha reducido a su esqueleto. Y agrega un comentario que hoy es esencial en el diálogo con el mundo, y aun en el propiamente ecuménico:

Hay algunos que, manteniendo su fe en lo principal, pierden la noción de su importancia. Cuando descubren que muchas personas no están de acuerdo entre sí sobre puntos de doctrina y disciplina, imaginan que la unión debe efectuarse en las condiciones que sean; consienten en abandonar artículos de fe que son básicos para la comunión cristiana e intentan realizar lo que denominan una unión de corazones, como vínculo de comunión entre los que difieren en las nociones de un Dios, un Señor, un Espíritu, un bautismo y un cuerpo...⁷.

Termina por animar con el testimonio de los mártires y confesores de la fe, que irrumpen en la tranquilidad que quiere conseguir el mundano lejos de la religión, y nos recuerda que «en la historia de la humanidad no puede hallarse el caso de un poder anticristiano que por largo tiempo se abstenga de perseguir»⁸.

Se trata, de hecho, de la vida del creyente en el mundo. Allí está su sermón *Faith and the World* (La fe y el mundo), de 1838, donde hace otra de sus magníficas descripciones de la mentalidad del mundo en el sentido joánico y paulino, es decir, del mundo de pecado, sin la visión de fe. Dice: «El único pecado peculiar y característico del mundo es éste: que mientras Dios nos hace vivir para la vida venidera, el mundo nos hace vivir para esta vida...Los hombres parecen hechos para este mundo»⁹.

Esta visión del mundo podría parecerles a algunos excesivamente contrapuesta, si no la vemos a la luz de la visión cósmica bíblica que Newman tenía, y en relación con el mundo invisible. Pues Newman no niega la bondad del mundo creado; lo ve como un anticipo del mundo futuro transfigurado, pero con las señales propias de un mundo caído. Bouyer dice que «ésta es la visión fundamental del cosmos desde la fe cristiana. Pero el mismo Newman que supo cómo expresar

6 OUS, VII, ed. esp. Encuentro, 1993, p. 174.

7 OUS, VII, p. 181.

8 OUS, VII, p. 185.

9 SD, VII, p. 78 y ss.

su belleza y luminosidad tan incomparablemente, es también quien vio su cara oscura, más espantosamente que quizás ningún pensador cristiano de todos los tiempos»¹⁰. De cualquier manera, tocamos aquí de cerca la teología de la fe newmaniana en su tensión escatológica.

Fe y conciencia

En otro sermón, de 1834, titulado *Faith without Sight* (Fe sin visión), destinado a la fiesta de Santo Tomás Apóstol, vuelve a presentar la misma contraposición entre el espíritu del mundo y el espíritu de la fe, pero vinculada con otra realidad que tiene que ver con la fe: la conciencia. Dice que la influencia social, o lo que ahora llamaríamos los métodos de propaganda, seducen la mente, y las opiniones del mundo tienden a ahogar en nosotros el primer despertar de la conciencia personal, que lleva a la fe. La voz de la conciencia nos hace ver que dependemos de Otro. La conciencia es una de las realidades más estudiadas por Newman. Por el hecho de que es tan claramente trascendente a todo lo que podemos pensar o desear de nosotros mismos, nos lleva a buscar una revelación de ese gran Maestro mayor que nosotros. Aunque puede llevar a la superstición, ésta es mejor que el escepticismo, el orgullo intelectual. Es decir, debe haber una disposición antecedente para creer. Dice en el sermón que resolver el problema sin ver es el verdadero fin y el negocio de esta vida mortal. Newman tiene, y pide, un sentimiento antecedente de la realidad de esa voz divina, que no puede ser obedecida sin algún oscuro despertar en nosotros de esa suprema realidad buena que es otro nombre para el «Dios desconocido» de San Pablo¹¹.

La conciencia aparece, por tanto, como una disposición para la fe. Es la voz de la conciencia el punto de partida desde el cual, por medio de la fe, vamos gradualmente haciendo real la verdad de la revelación. Dice Walgrave, el gran newmanista belga, que Newman establece la continuidad entre conciencia y fe en el desarrollo personal del hombre. Psicológicamente, la obediencia a la conciencia florece en el asentimiento de fe. Todos los principios, los originados en la conciencia y los originados en la revelación, forman un modelo consistente y armonioso. Hay continuidad entre la actitud hacia la conciencia que es obediencia, y la actitud hacia la Palabra de Dios revelada que es la fe, acto de obediencia también. En ambas existe la aceptación de la luz que viene de Dios. Pero existe una absoluta diferencia en su origen: la conciencia natural y la revelación sobrenatural¹².

10 BOUYER, L., *Cosmos, the World and the Glory of God*, ed. St. Bede, Massachusetts, 1988, p. 205.

11 PPS II, 2, p. 13 y ss.

12 WALGRAVE, J., *Newman, his personality, his principles, his fundamental doctrines*, Curso en Lovaina, 1975/1977.

Fe y obediencia

En muchos sermones anglicanos, la fe y la obediencia son presentadas como una misma cosa o los dos aspectos de una sola realidad. En uno de ellos, predicado en 1830, que se titula, precisamente, *Faith and Obedience*, dice:

De este modo, como es evidente, los dos estados de la mente son en resumidas cuentas uno y el mismo: es indiferente si decimos que un hombre busca a Dios en la fe o que lo busca por obediencia... No digo que la fe y la obediencia no sean ideas separadas en nuestra mente, pero nada más; no están divididas de hecho una de la otra. Son una sola cosa vista distintamente...¹³.

Por supuesto, Newman habla de estados prácticos de pensamiento, de actitudes existenciales, sin referirse a definiciones de esencias. El aspecto de la fe es más intelectual: escuchar y asentir a la Palabra de Dios, mientras que la obediencia es formalmente hacer algo, actuar en consecuencia, actuar a la luz que nos da la fe. Ambas son «el mismo tipo de mentalidad».

Encontramos como complemento de esto, un sermón parroquial, también de 1830, titulado *La obediencia como remedio de la perplejidad religiosa*¹⁴, es decir, como opuesta a la duda o incertidumbre, que es otra manera de establecerla como actitud en orden a la fe.

Nuestra fe está asolada de diferentes modos por dudas y dificultades en orden a probar su sinceridad. Si realmente amamos a Dios y a Su Hijo, seguiremos a pesar de la oposición... Es uno de los modos como Dios separa el trigo de la cizaña... A todos aquellos que están perplejos de alguna manera, que desean la luz pero no la encuentran, debe dárseles un precepto: obedezcan. Es la obediencia que lleva al hombre al recto camino, que le mantiene y le fortalece en él.

Fe y duda

Nos topamos aquí con la posibilidad de la duda, como contrapartida de la fe. Newman reflexiona sobre el tema en muchos sermones. Precisamente, en uno que lleva por título *Fe y duda*, el undécimo de la serie *Discursos a auditorios mixtos*, predicado en el Oratorio de Birmingham, dice que

¹³ PPS II, 6, p. 80.

¹⁴ PPS I, 18.

*la fe es incompatible con la duda... que la fe implica seguridad de que lo creído es verdadero. No puedo a la vez creer realmente una verdad y prever un tiempo en el que no creeré en ella. Contemplar la duda futura es dudar ya en el presente... no se puede creer a medias: o se tiene fe o no se tiene*¹⁵.

Otra cosa será encontrarse con dificultades, como leímos en el sermón anterior, pero aquí nos dejó aquella frase de su *Apología*: «Diez mil dificultades no constituyen una duda»¹⁶.

De modo sistemático trata del tema en la *Grammar of Assent* (Gramática del asentimiento), donde afirma:

*Quien busca, aún no ha encontrado; aún duda dónde se encuentre la verdad, y quisiera probar o desaprobar su presente profesión. No podemos, sin caer en el absurdo, decir al mismo tiempo que creemos y que estamos en búsqueda... No puede estar al mismo tiempo dentro y fuera de la Iglesia. Es simple sentido común el decirle que, si está buscando, es porque no ha encontrado. Si la búsqueda supone la duda, y la duda excluye la fe, entonces el católico que afirma que está buscando, declara por el mismo hecho que no es un católico. Ha perdido la fe*¹⁷.

Fe y amor

Pero esta visión de fe, no mundana, esta obediencia de la fe, que aún no es visión definitiva, esta fe que se opone con su certeza a la duda, y que da respuesta a los requerimientos iniciales de una conciencia sana, ¿qué es, en definitiva? Para Newman es un don, que está vinculado al amor.

*Quienes se aproximan a la Iglesia -dice-, o al menos los que han entrado en ella, han conseguido algo más que fe: poseen también una cierta medida de amor divino. Han oído hablar en la Iglesia de la caridad de Aquél que murió por ellos y que les concedió sus Sacramentos como medios de apropiarse los méritos de su muerte, y han sentido dentro de sus almas, en mayor o menor grado, los inicios de una caridad que les atrae hacia Él. Ahora bien... ¿Podría un hombre decir que confía en Dios y le ama, y mantener simultáneamente dudas sobre su existencia, o reservarse la libertad de dudar si Dios es bueno, omnipotente y justo?... Diría que la persona en cuestión es un ser vanidoso y autosuficiente, sin amor, sin fe y sin temor o disposición sobrenatural alguna...*¹⁸.

En un sermón anglicano de 1838, precisamente titulado *Fe y amor*, desarrolla

15 Mix, XI, p. 214 y ss.

16 Apo, 239.

17 Apo, 239.

18 G.A. p. 191.

el tema desde el contexto paulino de las tres virtudes teologales en la carta a los Corintios, y afirma:

La fe y la esperanza son gracias de un estado imperfecto que cesarán con ese estado, pero el amor es más grande porque es la perfección... La fe no estará cuando haya visión, ni la esperanza cuando esté el gozo, pero el amor crece más y más hasta la eternidad. La fe y la esperanza son medios por los cuales expresamos nuestro amor: creemos en la palabra de Dios porque la amamos; esperamos el cielo porque lo amamos... La fe, pues, y la esperanza son instrumentos o expresiones de amor.

A esto añade una interesante idea: «¿en qué sentido la fe es principio del amor, y en qué sentido el amor es el origen de la fe? ¿El amor brota de la fe o la fe del amor? ¿Cuál viene primero y cuál último?» Y responde:

La fe es el primer elemento de la religión, y el amor, de la santidad; y así como santidad y religión son distintas, pero están unidas, así son el amor y la fe... puesto que la religión es la ley divina que viene a nosotros desde fuera, y la santidad, la conformidad con la misma ley como escrita dentro de nosotros...

Finalmente, presenta la relación fe-amor desde una perspectiva original:

...mientras que el amor es la raíz de donde crece la fe, la fe, al recibir las noticias del Evangelio, y presentarle al alma sus objetos sagrados -los misterios de la fe, la Santísima Trinidad, el Salvador encarnado- expande el amor y lo levanta a una perfección que de otro modo no podría alcanzar. Y de este modo, nuestro deber reside en la fe operando con el amor; el amor es el sacrificio que ofrecemos a Dios, y la fe es el sacrificador... Sacerdote y sacrificio son uno: la fe amante y el amor creyente¹⁹.

Fe y gracia

Con esta última expresión, Newman nos está hablando de la fe, no sólo como acto de la inteligencia sino también de la voluntad humana. Pero nos muestra también que, antes y por encima de toda otra consideración, la fe es un don de la gracia. La convicción del origen sobrenatural de la fe ha quedado expresada en innumerables textos. Quizás aquellas cartas dirigidas a quienes le pedían consejo después de su conversión, porque buscaban también la certeza necesaria para imitarlo, sean adecuadas para citar. Así, en carta de 1870, le dice a Edward Elliot:

19 PPS IV, 21, pp. 307 y ss.

Desde que soy católico, es mi alegría inmensa, como un don de la gracia, el no haber tenido jamás ninguna duda sobre el origen divino y la verdad del catolicismo. Si yo reconsiderara, como usted me lo recomienda, sería cruelísimamente desagradecido a Aquél que tanto ha bendecido y hecho prosperar mi búsqueda de Él. Solamente quien dudase debería inquirir o reconsiderar²⁰.

Si la fe es una gracia también hay que pedirla. Dice en otra carta:

La fe viene del oído, por la Palabra de Dios. Racionalistas son aquéllos que se contentan con las conclusiones a las que llegan por la razón, pero 'nosotros somos salvos por la fe' (Ef 2,8), y aun en los casos o personas en los cuales se puede llegar a esas conclusiones, ésas deben ser creídas con el argumento de que 'Dios ha hablado'. Un hombre puede ser verdadera y propiamente un teísta, y sin embargo no tener fe. Lo que le falta para tener fe es la gracia de Dios, que se concede como una respuesta a la oración²¹.

Y afirma en otra carta: «La fe es un don divino. Se gana con la oración. Ésta debe ser paciente y perseverante»²².

Fe y obras

Siguiendo en este ámbito propiamente teológico de la fe, hay que decir que las obras de la fe son obras de amor, hechas con la ayuda de la gracia. Newman hizo un gran aporte en 1838, con un ciclo de conferencias en la capilla Adam de Brome, en la iglesia universitaria de Santa María de Oxford, que luego publicará bajo el título *Conferencias sobre la doctrina de la justificación*.

Estamos ante un intento de «Vía media» entre la doctrina protestante de la justificación por la «sola fe», o por «lo que Cristo es», que excluye la necesidad de las buenas obras en orden a la salvación, y la doctrina romana de la justificación por la «obediencia», o por «lo que nosotros somos», que introduce la noción del mérito de las buenas obras.

El estudio y la exposición que hace sobre la doctrina luterana es muy preciso. La teología luterana asume que la justificación por la fe será vívida, pero que es posible creer plenamente que uno ha sido salvado por Cristo sin ningún fruto consiguiente. La explicación de que la «vida de la fe» debe ser «amor» es rechazada por Lutero, sobre la base de que sería agregar otro principio de justificación: la fe no es definida por lo que es, «confianza en Cristo», sino por lo que hace. La fe es sólo "justificación, en el sentido de que Su obediencia es el sustituto de la nuestra, con el resultado de que cada creyente tiene inmediatamente una perfecta rectitud,

20 L.D. XXV 145 (1870).

21 L.D. XXXI 197-98 (1887).

22 L.D. XXXI 177 (1886).

pero que no es suya”.

Se supone que esta doctrina intenta «asegurarnos contra la autocontemplación, así como destruir el estado de duda acerca de nuestra justificación cuando se cree que depende de nuestras obras». Por otro lado, el hecho de que la fe haga nuestro el cumplimiento de la ley moral por parte de Cristo, «nos ubica por encima de la Ley».

Así como considera errónea la doctrina luterana, afirma que la católica romana no es peligrosa en sí, pero sí incompleta, en el sentido de que es verdad, pero no toda la verdad, al quedar aislada de otras verdades. Aquí «la justificación consiste en el amor, o la santidad, o la obediencia», y el estar justificado reside no en ser tenido por tal sino en ser hecho verdaderamente justo. Para Newman la doctrina católica «es lo que la doctrina rival luterana no es, una doctrina real que contiene una visión inteligible, tangible y práctica que puede tomarse y practicarse». Por contraste, la idea protestante sobre la fe es una mera teoría, de donde se sigue que

toda su teología es sombría e irreal... Amor, temor y obediencia no son realmente posteriores a la fe justificante ni por un momento, a menos que los huesos y músculos fuesen formados después del rostro y la complexión del cuerpo... Así como la presencia del 2Alma cambia la naturaleza del polvo de la tierra, y lo hace carne y sangre... así el amor es el principio modelador y armonizante del que depende la fe justificante, y en el que existe y actúa.

Pero Newman quiere establecer, de la mano de algunos teólogos anglicanos, su propio modo de entender la justificación, redescubriendo lo que había sido olvidado o perdido. Dios no declara solamente que estamos justificados, sino que «Él nos justifica». Justificación significa, pues, tanto la justificación de Dios como el ser justificado del hombre, así como «trabajo» significa tanto el hacer como la cosa hecha. Mientras los protestantes usan generalmente el término en el primer sentido activo, los teólogos romanos lo emplean en el segundo sentido, pasivo, y los escritores anglicanos no intentan separa «el sello y la impresión, la justificación y la renovación».

En un último análisis, Newman desecha tanto la respuesta protestante como la romana, para responder en qué consiste nuestra justificación, y sostiene que la fe es «aceptable porque contiene en ella la gracia de Dios ...tener esa gracia o esa presencia y no la fe, que es su resultado, debe ser el estado real de un hombre justificado». Si, inversamente, “decimos, como los escritores romanos, que la justificación consiste en una cualidad sobrenatural impartida al alma por gracia de Dios, de igual manera el problema aparece, pues ese principio renovador no

envuelve necesariamente a la misma gracia, como un poder o presencia divina inmediata”.

Newman quiere mostrar cómo estas visiones aparentemente discordantes, «convergen en una presencia o gracia divina interior, de la cual ambas, la fe y la renovación espiritual, son frutos». Su solución al viejo problema consiste en trascender ambas posiciones, con una originalidad que consiste simplemente en redescubrir la doctrina central del Nuevo Testamento sobre la inhabitación del Espíritu Santo.

La presencia del Espíritu Santo –dice- el autor tanto de la fe como de la renovación, ésa es realmente la que nos hace justos, y...nuestra rectitud es la posesión de tal presencia... La conexión entre justificación y renovación es que ambas están incluidas en el único gran don de Dios, la inhabitación de Cristo a través del Espíritu Santo en el alma cristiana, la cual constituye nuestra justificación y santificación como su resultado necesario... Y la una no puede ser separada de la otra, a menos que los rayos del sol puedan ser separados del sol, o el poder purificador del fuego o del agua.

Por donde entramos de lleno en la teología pneumática de Newman. Pero aquí nos quedamos.

Muchos ven en esta obra un clásico genuino de teología «ecuménica», en el sentido de que no ofrece una fórmula de compromiso entre dos posiciones opuestas, sino una perspectiva totalmente nueva, que en verdad cambia la naturaleza del problema. Creo que Newman es citado en un documento final después de las conferencias entre luteranos y la Iglesia Católica, de 1995.

El objeto de la fe

Con esta base teológica, Newman hace algunas observaciones sumamente interesantes sobre el objeto de la fe. En la última de estas conferencias, titulada *Sobre la predicación del Evangelio*, teniendo a los evangélicos en mente, dice:

...un sistema de doctrina ha aparecido durante los últimos tres siglos, en el cual la fe o el pensamiento espiritual es contemplado como el fin de la religión, en vez de Cristo... Y de esta manera, se hace consistir la religión en contemplarnos a nosotros mismos, en vez de Cristo; consiste no simplemente en mirar a Cristo, sino en asegurarse de que le miramos, no en contemplar su divinidad y su sacrificio expiatorio, sino nuestra conversión y nuestra fe en esas verdades ...la moda del día es predicar la conversión, decirle a la gente que estén seguros de mirar a Cristo, en vez de mostrárselo simplemente, en decirles que tengan fe, más que en suministrarles el objeto de la fe...con el resultado de que la fe y la inclinación espiritual se han desarrollado como fines, y obstruyen la vista de Cristo.

Ve con ironía el intento luterano de evitar la autocontemplación por el rechazo de las obras, mientras cae en algo peor.

La otra observación original dice:

La verdadera fe es incolora, por decirlo así, como el aire y el agua; medio transparente a través del cual el alma ve a Cristo. Nuestros ojos no ven el aire y de la misma manera nuestra alma no se detiene a contemplar su propia fe. Cuando, por consiguiente, los hombres toman esta fe, como si dijéramos, en las manos, la inspeccionan curiosamente, la analizan, se absorben en ella, se ven forzados a materializarla, a darle color para que pueda ser tocada y vista. En otros términos, la sustituyen, colocan sobre ella cierto sentimiento, cierta impresión, cierta idea, cierta convicción, algo, en fin, en que la atención pueda prenderse. Cristo les interesa menos que lo que llaman ellos sus experiencias. Los vemos trabajando para seguir en sí mismos los signos de la conversión, la variación de sus sentimientos, aspiraciones y deseos: los vemos ponerse a conversar con los demás sobre todo esto... Ahora bien, no se charla en un campo de batalla; cuando los hombres se sienten impresionados por noticias buenas o malas, por espectáculos hermosos, admiran, se regocijan, sufren, lloran, todo ello espontáneamente y sin reflexionar respecto a sus emociones... Así ocurre con la fe... Nuestros vecinos ven cómo vive nuestra alma, pero ésta, cuando se encuentra sana, ve solamente los objetos que la poseen. Tal es la diferencia entre la verdadera fe y la contemplación de sí mismo²³.

Fe y razón

Llega el momento de detenernos en la dimensión de la fe, brotada de la polémica de la época, que le ha merecido a Newman el haber sido incluido en textos magisteriales actuales como la *Fides et Ratio*. Se trata precisamente de la relación entre fe y razón.

En mi semblanza biográfica *Aproximación a Newman*²⁴, titulé el capítulo dedicado a su vida en Oxford «El hogar de la razón y la fe», porque fue allí donde tuvo que responder uniendo lo que el hombre racionalista o el fideísta sentimental habían separado.

A principios del siglo XIX, en Inglaterra predominaban dos posiciones antagónicas sobre el problema de la fe y la razón. La primera era la de la escuela 'evidencialista', que continuaba las tradiciones del siglo XVIII, el 'Siglo de las Luces', donde no había espacio para la fe del creyente humilde y sencillo, producida bajo el influjo de razones que él mismo difícilmente podía explicar o analizar. La Razón, entronizada como único juez, pedía al cristianismo evidencias de sus afirmaciones sobre Dios y sobre el hombre, y exigía de la teología métodos de demostración matemáticos. El cristianismo aparecía impotente para dar certezas

²³ *Lectures on the Doctrine of Justification*, citas varias

²⁴ F.M. CAVALLER, *Aproximación a Newman*, Universidad Católica Argentina, 1998.

aceca del «mundo invisible». Aceptar sus dogmas era inmoral. No hay intervención divina externa al hombre y por tanto los dogmas de fe no son realidades objetivas sino apenas expresiones poéticas de la realidad o sentimientos religiosos expresados en fórmulas. No hay fe posible; sólo existe la ciencia o el sentimiento religioso.

El diálogo con personalidades que representaban esta postura era incesante. Leemos en una protesta que escribió Newman, en febrero de 1941, al director del *Times*, contra la doctrina del liberal Sir Robert Peel:

La lógica es retórica muy pobre para las masas. Puede ser que no desesperes de hacer conversiones con un silogismo, si primero tiras tiros por las calles... Después de todo, el hombre no es un animal que razona únicamente; es un animal que ve, siente, contempla y actúa. Es influenciado por lo que es directo y preciso... La vida no es lo suficientemente larga para una religión de inferencias. Nunca podremos comenzar, si determinamos no comenzar más que con pruebas racionales. Nos pasaremos la vida echando fundamentos; convertiremos la teología en argumentos y a los teólogos en prontuarios. Nunca llegaremos a los primeros principios. Si uno se decide a no creer nada, tendrá que probar sus pruebas y analizar sus elementos, hundiéndose cada vez más y hallando siempre en lo más profundo otra cosa todavía más profunda, hasta caer en el amplio seno del escepticismo. Yo preferiría verme obligado a defender la razonabilidad de «suponer» que el cristianismo es verdad, a tener que «probar» la ley moral a partir del mundo físico. La vida es para la acción. Si insistimos en la necesidad de pruebas para todo, nunca llegaremos a la acción. Para obrar uno ha de suponer, y esta suposición es la fe²⁵.

En el extremo opuesto se encontraban muchos, quizá la mayoría, de la tendencia 'evangélica', que detestaban la escuela 'evidencialista'. Estos 'evangélicos' consideraban las relaciones entre fe y razón de manera simplista: no había ninguna. El espiritual poseía una luz interior, completamente sobrenatural, que lo capacitaba para creer en las promesas del Evangelio y apropiárselas, sin ninguna ayuda de 'razonamientos carnales'. Por lo tanto, lo que quedaba era el sentimentalismo. Los que desconfiaban de la razón, juzgándola incapaz de demostrar los preámbulos de la fe (existencia de Dios, hecho de la revelación, etc.) suprimían la teología natural y desposeían a la fe de sustento racional, como los fideístas y tradicionalistas del continente.

Newman contestó a los evangélicos sobre todo desde sus *Sermones Parroquiales*, y a los racionalistas o evidencialistas con los *Sermones Universitarios*. Estos últimos eran homilías encargadas por las autoridades académicas. En 1826 predicó el primero de una serie de quince, espaciados a lo largo de diecisiete años. El hilo conductor es la fe y la razón, título con el que ha sido traducido el libro al castellano

por el Padre Boix. Cuando estuvo en Roma, preparándose para su ordenación sacerdotal católica, bajo la dirección del teólogo romano más prestigioso de la época, el Padre Perrone, éste consideró las ideas de esos sermones aceptables dentro de la fe católica. Los sermones influyeron, por ejemplo, en el pensamiento de Maurice Nédoncelle, quien los tradujo al francés, y de Pierre Rousselot, que adopta puntos importantísimos que llegarán a renovar el tratado de fe en la historia reciente de la teología católica, sobre todo en su obra *Les yeux de la foi* (1910). Nédoncelle dice que «a Newman le debemos un esfuerzo perseverante por dar a la reflexión sobre la fe una forma más religiosa y más orgánica que en los escritos apologeticos de los últimos siglos»²⁶.

Antes de citar esos sermones, que son, quizá, el meollo de esta exposición, suponiendo que todos pueden tener acceso directo a su lectura, prefiero detenerme en el resumen de su doctrina general, que Newman hizo para el prólogo de la edición de 1871, donde dice:

Antes de formular una definición de fe y de razón, será correcto considerar lo que es la noción común y corriente de fe y razón, contrapuestas entre sí... Según este significado, la fe es juzgar en materia religiosa basándonos en fundamentos débiles, y razón es juzgar con fundamentos sólidos y firmes. Fe implica facilidad para aceptar lo que pide la religión, y razón implica lentitud para lo mismo. Fe se aviene con conjeturas o presuposiciones; razón, con pruebas. Es cosa corriente contraponer entre sí la fe y la razón.

Pero...se entiende propiamente por razón cualquier proceso o acto de la mente, mediante el cual, a partir del conocimiento de una cosa ésta avanza hasta conocer otra. El proceder de la facultad racional puede ser explícito o implícito: es decir, con o sin reconocimiento directo, por parte de la mente, de los puntos de partida y de las vías mediante las cuales llega a su conclusión. Todos tienen alguna razón, pero no todos pueden darla.

La batalla entre el error y la verdad es necesariamente ventajosa para el primero, por su misma naturaleza, ya que se libra con las armas de un lenguaje establecido... La verdad es amplia, vista como conjunto orgánico se extiende muy lejos...de ahí que difícilmente pueda exponerse en un número determinado de frases. Su defensor, incapaz de mostrar nada más que un fragmento del conjunto, se ve obligado a redondear y reducir sus extremos indomables.

Además hay dos métodos de razonar: a priori y a posteriori; a partir de verosimilitudes o probabilidades antecedentes, y a partir de garantías efectivas o indicios demostrativos.

Además, si bien la facultad racionante es de una misma naturaleza en todas las mentes, varía sin límite, en cuanto a fuerza, tal como existe en concreto en cada uno de los individuos; varía según el objeto o tema a que se aplica... El funcionamiento de la razón de una persona tiene tanto de misterio como el de su memoria. Recuerda mejor o peor según las materias de que se trate, y razona también mejor o peor...

26 M. NÉDONCELLE, Introducción de la traducción francesa, pp. 35-50, 1955.

La palabra «razón» se usa más a menudo en los presentes discursos para indicar un abuso muy corriente de la facultad de razonar: cuando se dedica a tratar de la religión sin haberse aproximado debidamente a su tema, o sin servirse de los primeros principios adecuados al mismo. Esta supuesta razón la designa la Escritura con el nombre de «sabiduría del mundo», es decir, el razonar de las mentes profanas sobre religión. De ahí que uno de los sermones se titule «Excesos o usurpaciones de la razón».

En cuanto a la fe:

La fe es propiamente un asentimiento, un asentir sin dudar, o sea, una certeza.

La fe es una aceptación de la realidad de algo.

La fe no se identifica exactamente con sus fundamentos y su contenido.

La fe parte de probabilidades, pero termina en afirmaciones absolutas... Cree a un informador en medio de dudas, pero acepta su información sin ninguna duda.

Puesto que, al aceptar una conclusión, se hace un reconocimiento virtual de sus premisas, puede decirse, impropriamente, que el acto de fe incluye en sí mismo el proceso racional que es su antecedente, y que la fe es bajo cierto aspecto una operación de la razón.

La fe es implícita en sus actos, adopta el método de la verosimilitud, y parte de primeros principios religiosos.

La fe se guarda de los abusos en que puede caer, por ejemplo la superstición, mediante un estado anímico moralmente correcto, o sea, con las disposiciones y el talante propios del sentimiento y la práctica religiosa, del amor a la santidad y a la verdad. ...Hubiese tenido que insistir en la utilidad de la razón para contrarrestar la superstición²⁷.

Repasando algunos de los títulos de estos sermones, completamos una visión de conjunto: *La influencia de la religión natural y revelada, La santidad evangélica, plenitud de la virtud natural, Usurpaciones de la razón, La influencia personal como medio de propagar la verdad, Contraste entre fe y visión profana, La obstinación, pecado de Saúl, Fe y razón, comparados como hábitos de la mente, Naturaleza de la fe en relación a la razón, El amor, salvaguardia de la fe contra la superstición, Razón implícita y explícita, La sabiduría contrapuesta a la fe y al fanatismo.* El último sermón se titula *Teoría del desarrollo de la doctrina cristiana*, que es el antecedente del famoso ensayo homónimo que vincula la fe con el dogma y su desarrollo. Estos sermones fundamentan, por lo tanto, lo que expondrá en el *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina*, de 1945, y en la *Gramática del asentimiento*, de 1870.

En los años 70, Newman explicaba el tratado de fe a los jóvenes estudiantes de teología del Oratorio de Birmingham, sirviéndose de las *Doce Tesis de fe* en latín,

que había redactado en Roma en 1847, cuando cotejaba estos Sermones Universitarios con los autores de más prestigio de aquella época. Redactó las Tesis avaladas por estos autores y acompañadas de referencias a los sermones. En éstos, Newman defiende sobre todo la calidad de la fe de las personas más sencillas.

Fe y verdad

En cuanto al contenido de la fe, Newman predicó también en sus Sermones parroquiales anglicanos de St. Mary de Oxford, y en sus sermones católicos del Oratorio de Birmingham. Dice en uno anglicano, de 1834:

Por fe entiendo naturalmente, como lo demuestran las palabras de San Pablo (1 Tim 6,20), una doctrina definida, no solamente una actitud de espíritu o unos principios de acción, y menos aun unos datos vagos sobre la causa cristiana... Es una costumbre hoy día suponer que se hace daño a la causa de la religión espiritual y se perjudica evidentemente dicha religión, insistiendo sobre determinados artículos de fe. Para ella, sostener que el Evangelio exige la aceptación de artículos concretos y definidos, es pasar por técnico formalista; dice, además, que una noción semejante es supersticiosa y atenta contra 'la libertad que nos ganó Cristo' (Gal 4,31). Entonces, hay autores prestos a escribir que el objeto de la Revelación es puramente práctico y que por consecuencia las doctrinas teológicas son inútiles, especulaciones vanas y obstáculos a la difusión de la religión... Algunos preguntan: ¿Qué mal hay en ser sabeliano o arriano? ¿En qué afecta esto el carácter moral? Se añade que el objeto final del Evangelio es la unión de los corazones en el amor de Cristo y del prójimo, y que, por consiguiente, para las almas que han recibido el espíritu de adopción, los símbolos de la fe representan trabas... San Pablo, repito, nos manda guardar fielmente la fe confiada a nuestro cuidado, y esta fe es «una fórmula de las palabras ciertas», un «marco»... Esta única y misma fe se transmitía en el bautismo en todas partes a todo cristiano, y era considerada como el tesoro particular de la Iglesia de cada lugar y de su Obispo, como recibida de su primer fundador, ya fuese apóstol o evangelista. En una palabras, estos artículos de fe eran sagrados²⁸.

Evidentemente, entramos aquí en la relación de la fe con la verdad; Newman fue un enérgico opositor de las tendencias relativistas que ya ganaban terreno por entonces, y que, duele decirlo, se han extendido hoy por todas partes. Bastaría con referirse a su famosa alocución con motivo de recibir, a los 78 años, el capelo cardenalicio, verdadero testamento pronunciado ante la Iglesia de Roma como testimonio de su trayectoria, donde expresa:

28. PPS II, 22, pp. 255 y ss.

Me alegra decir que desde el principio me he opuesto a un gran error. Por treinta, cuarenta, cincuenta años, he resistido con lo mejor de mis fuerzas al espíritu del liberalismo religioso. ¡Nunca la Santa Iglesia ha tenido más necesidad de héroes que lo resistan con más urgencia que hoy, cuando, oh, tal error se desparrama como una trampa por toda la tierra! Y en esta gran ocasión en que es natural para alguien que está en mi lugar echar una mirada sobre el mundo y sobre la Santa Iglesia en él, y sobre el futuro, no será considerado fuera de lugar, espero, si renuevo la protesta que he hecho tantas veces. El liberalismo religioso es la doctrina de que no hay ninguna verdad positiva en religión, sino que un credo es tan bueno como otro, y ésta es la enseña que va ganando fuerza día a día. Es incompatible con cualquier reconocimiento de alguna religión como 'verdadera'. Enseña que todas deben ser toleradas y que son todas materia de opinión. La religión revelada no es una verdad, sino un sentimiento y un gusto; no es un hecho objetivo ni milagroso, y cada individuo tiene el derecho de hacerla decir lo que le impacta más a su fantasía. La devoción no está necesariamente fundada en la fe. Los hombres pueden asistir igualmente a las iglesias protestantes o católicas y pueden sacar provecho de cualquiera de ellas o de ninguna. Pueden fraternizar juntos en pensamiento y sentimientos espirituales, sin tener que mantener en común ningún punto de vista doctrinal, ni ver su necesidad. De ahí que siendo la religión una peculiaridad tan personal y una posesión tan privada...en ningún sentido, la religión es una obligación para la sociedad... Hasta ahora el poder civil ha sido cristiano. Aun en países separados de la Iglesia, como el mío, el dicho en vigor era, cuando yo era joven: 'El cristianismo es la ley del país'. Ahora, en todas partes, esa excelente estructura de la sociedad que es la creación del cristianismo, está echando afuera al cristianismo... En lugar de la autoridad y la enseñanza de la Iglesia, ellos colocan en primer lugar una educación universal y completamente secular, calculada para convencer a cada individuo de que ser ordenado, industrioso y sobrio es su personal interés. Luego, para los grandes principios del trabajo que toman el lugar de la religión, para el uso de las masas educadas cuidadosamente de este modo, se provee de las amplias y fundamentales verdades éticas de justicia, benevolencia, veracidad y similares, probada experiencia, y esas leyes naturales que existen y actúan espontáneamente en la sociedad y en cosas sociales, sean físicas o psicológicas, por ejemplo, en el gobierno, comercio, finanzas, experimentación sanitaria y relaciones internacionales. En lo que concierne a la religión, es un lujo privado, que un hombre puede tener si lo desea; pero por el cual, claro está, debe pagar, y con el cual no debe entrometerse ni molestar a otros... El carácter general de esta 'gran apostasía' es único y el mismo en todas partes, pero en detalle y características varía según los diferentes países... Jamás el Enemigo ha planeado una estrategia más inteligente y con tanta probabilidad de éxito...²⁹.

No cabe duda de que fue un hombre excepcional para una época de excepcional confusión, y por eso sigue vigente como maestro y guía casi profético, en un mundo que ha ahondado aquella descripción de fines del siglo XIX. El relativismo religioso y moral imperante, desafío primordial para la Iglesia actual, y la tenaz prédica de «valores» sin Cristo, necesitan de la palabra y la acción de Newman y de hombres como él. Precisamente, a esto se refiere el último libro del gran newmanista italiano Giovanni Velocci, editado en el Vaticano en el año 2000, con motivo del jubileo del bicentenario. Su título es *Newman, il coraggio della verità*³⁰, y termina diciendo que puede aplicársele aquello que se ha dicho de Santo Tomás Moro: «un hombre para todas las épocas».

Fe y dogma

El gran principio que sustentó la teología de la fe fue el principio dogmático. Para entrar en él, y como resumen de lo dicho hasta aquí y de lo que diremos, una suerte de **texto básico**, escuchemos lo que dice en un sermón católico de 1849:

*....¿Qué es la fe? -nos dice-...es el **asentimiento** como verdadera a una doctrina, que no vemos y que no podemos demostrar, porque Dios, que no nos engaña, dice que es cierta. Como Dios nos anuncia la **verdad** de esta doctrina no con su propia voz sino por la palabra de sus enviados, la fe es también **asentimiento a lo que un hombre declara**, considerado no como hombre a secas, sino en su función de mensajero, profeta o embajador de Dios... Quien cree que Dios es veraz y que ha comunicado su palabra al hombre no albergará dudas. Tiene **certeza** de que la doctrina que se le enseña es tan verdadera como Dios, que la ha revelado. Tiene certeza porque Dios es veraz, porque **Dios ha hablado**, no porque vea la verdad o esté en condiciones de demostrarla. Es decir, la fe posee dos características: es segura, firme e inalterable en su asentimiento, y lo presta no porque vea con los ojos o con la razón, sino porque **recibe las nuevas de uno que viene de Dios**... La fe es, lo mismo que era en tiempos de los Apóstoles, la característica del cristianismo, el instrumento típico de renovación interior, la disposición primera para la justificación, y una de las tres virtudes teologales. Dios podría habernos regenerado por otros medios, por la vista, la razón o el amor, pero ha decidido purificar nuestros corazones mediante la fe, ha querido escoger un medio que el mundo desprecia y que, sin embargo, encierra un inmenso poder. En su infinita sabiduría lo prefirió a otros. Si los hombres no lo tienen, carecen de la base sobre la que se forman los santos y los siervos de Dios. No lo tienen, viven y mueren, por lo tanto, sin las esperanzas y bendiciones del*

Evangelio, porque a pesar de todo lo bueno que hay en ellos, a pesar d su sentido del deber, su delicadeza de conciencia en muchos aspectos, su benevolencia. rectitud y generosidad, se hallan bajo el dominio de un terrible enemigo. Habita en ellos un espíritu terco que los lleva a ser sus propios maestros en asuntos que ignoran. Consideran, en efecto, que su razón es superior a la de cualquier otro individuo, y no admiten que un mandato venido de Dios pueda contradecir su propia idea de la verdad... Una cosa es ver que se debe creer, y otra creer realmente. La razón dejada a sí misma puede llegar a la conclusión de que existen motivos suficientes para creer. Pero creer es un don de la gracia. Sois lo que sois no por mérito vuestro, sino por gracia de Dios, que os ha elegido... Alabadle y bendecidle continuamente por este beneficio... No os envanezcáis, orad para no perderlo, y haced lo posible para que otros también lo reciban³¹.

Esta concepción de la fe había estado en Newman desde su primera juventud, desde aquel momento que llamaría su primera conversión. Lo expresa en su célebre párrafo de la *Apología*:

A mis quince años (en el otoño de 1816) un gran cambio hubo lugar en mi pensamiento. Caí bajo la influencia de un credo definido y recibí en mi inteligencia impresiones de lo que es un dogma que, por la misericordia de Dios, nunca se han borrado ni oscurecido. El instrumento humano de este comienzo de fe divina en mí fue el excelente varón, muerto tiempo ha, reverendo Walter Mayers, de Pembroke College, Oxford³².

Y más adelante afirma esta convicción nuevamente:

Desde los quince años, el dogma ha sido el principio fundamental de mi religión. No conozco otra; no puedo hacerme a la idea de otra especie de religión; religión como mero sentimiento es para mí un sueño y una burla, sería como haber amor filial sin la realidad de un padre, o devoción sin la realidad de un ser supremo³³.

Renglones más arriba ha presentado este principio en relación al liberalismo, con una expresión que anticipa la alocución cardenalicia citada: "Mi batalla era contra el liberalismo, y por liberalismo entiendo el principio antidogmático y sus consecuencias. He ahí el primer punto del que yo estaba cierto."

Ya en 1834, en uno de los *Tracts for the times*, dice que "los artículos de la fe estuvieron todos ocultos, por así decir, en el seno de la Iglesia desde el comienzo, y fueron dados a luz formalmente de acuerdo a la ocasión". En su *Obra sobre el*

³¹ Miv. X, p. 197 y ss.

³² Apo, 5.

³³ Apo, 42.

Oficio Profético de la Iglesia, de 1837, aplica estas ideas solamente al período patrístico, que vio emerger el dogma cristiano. Cualquier adición posterior a este cuerpo de doctrina sólo pueden ser corrupciones. Esta sustancia de la fe no estuvo preservada en la Iglesia romana, que oscureció los grandes lineamientos con sus innovaciones. Sí estuvo preservada en la "Vía media" anglicana.

Ya vimos que el último de sus *Sermones Universitarios* está formalmente dedicado al desarrollo del dogma. Allí dice:

Los credos y dogmas viven en la idea única, para expresar la cual han sido propuestos, y sólo ella tiene consistencia propia. Los credos y dogmas son necesarios por la única razón de que la mente humana no puede discurrir sobre aquella idea sin no es por fragmentos; no puede tratarla en su unidad e integridad, y tiene que resolverla en una serie de aspectos y relaciones. De hecho estas expresiones no son nunca equivalentes a ella...los dogmas católicos no son más que símbolos de un hecho divino que, lejos de ser abarcado por estas proposiciones, no sería agotado ni penetrado hasta el fondo por un millar de ellas... Las afirmaciones de la Escritura son, a un tiempo, información a partir de la cual se procede a investigar, y sanción que verifica y corrige; ellas empiezan, pero no se agotan...esto equivale a afirmar que es un error buscar en la Escritura todas y cada una de las distintas proposiciones de la doctrina católica...³⁴.

Por entonces, año 1843, Newman ya no sostenía que este proceso dogmático había cesado con el período patrístico.

Dirá en la *Apología*:

Vi que el principio del desenvolvimiento no sólo explicaba ciertos hechos, sino que era en sí mismo un notable fenómeno filosófico que da carácter a todo el curso del pensamiento cristiano. Se lo podía descubrir desde los primeros años de la enseñanza católica hasta el día de hoy, y daba a esta enseñanza unidad e individualidad. Servía de una especie de verificación, que el anglicano no podía presentar, de que la Roma moderna era, en verdad, la antigua Antioquia, Alejandría y Constantinopla, exactamente como una curva matemática tiene su propia ley y expresión.

También vio que se aplicaba el mismo principio en orden a la fe religiosa, que hay

una concatenación de argumentos por la que el entendimiento asciende desde su primera idea religiosa a la última. Llegué a la conclusión de que, en verdadera filosofía, no hay medio entre ateísmo y catolicismo, y que un entendimiento perfectamente lógico, en las circunstancias en que se encuentra aquí abajo, debe abrazar lo uno o lo otro. Y todavía sostengo que soy católico en virtud de mi fe en Dios³⁵.

³⁴ OUS, XV, p. 393.

³⁵ Apo, 157, ed. BAC.

Esta última expresión es la más contundente para mostrar que todo desarrollo de la fe, si es auténtico, lleva a la plenitud católica. De hecho, al releer la ponencia que presenté en 1995 en Oxford, sobre la conversión de Newman, de la cual se conmemoraban los ciento cincuenta años, advierto que los elementos que allí menciono son todos aplicables a la fe: que es necesaria la gracia, que exige disposiciones personales, que supone dar un paso, que hay dificultades que la hacen un bien arduo, que es un proceso diferente según las personas, que es un asentimiento cierto, que supone perder y ganar, que siempre es conversión a la verdad, y que supone un desarrollo. En este último sentido, Newman siempre insiste en que las certezas básicas (verdaderas, se entiende) no se pierden al convertirse, y que es por esta continuidad que la fe católica contiene y reclama como suya toda verdad. Newman refiere que en su caso había continuidad precisamente en la búsqueda de solución de la controversia en torno a la fe y a la Iglesia. El converso no viene a perder lo que tenía sino a ganar lo que no tenía, y si hay pérdidas, éstas son los errores anteriores o bienes que quedan sopesados por el bien mayor de haber encontrado la verdad plena.

El Ensayo muestra que, para ser auténtico, un desarrollo deber pertenecer verdaderamente a la idea original Newman ofrece, pues, el "hecho" histórico como evidencia de un desenvolvimiento, que difiere por un lado de una pura "inmutabilidad", y por otro de la "corrupción". Para ello nos da una serie de siete "notas" que distinguen un desarrollo legítimo de uno ilegítimo o corrupto: 1) la preservación del tipo original frente al impacto de alguna cosa nueva, 2) la continuidad de los principios, 3) el poder de asimilación de otra materia a la idea original, 4) la coherencia lógica, 5) la anticipación temprana de modo parcial aquí y allá, 6) la actitud conservadora del pasado, que da pasos para preservar la vieja idea en una forma nueva, 7) el vigor perenne.

Newman no intenta "probar" nada en el estricto sentido de la palabra, sino presentar dos pinturas que tenía en su mente: la de la moderna Iglesia Católica y la de la primitiva Iglesia, para preguntarse si son retratos de la misma y única Iglesia. Apela más a la imaginación que a la inteligencia discursiva. El centro de gravedad, por tanto, no son las siete notas, sino los tres grandes cuadros de la historia de la Iglesia: el de los primeros siglos, el del arrianismo del siglo IV, y la edad de oro de los siglos V y VI, cada uno de los cuales culmina con un cuadro paralelo de la Iglesia romana del siglo XIX, mostrando la sobrecogedora semejanza. Luego aplica las siete notas a los desarrollos, cerrando el Ensayo con la séptima nota del vigor perenne de la Iglesia, que continuamente muere y resucita a lo largo de la historia, a imitación de su Maestro y Señor.

Pero lo que nos interesa sobremedida son los principios permanentes debajo de los cuales se producen los desarrollos, según Newman. ¿Cuáles son?

Recordamos los primeros cuatro:

1. *El principio del dogma, es decir, verdades sobrenaturales entregadas irrevocablemente al lenguaje humano, imperfecto por humano, pero definitivas y necesarias por provenir de lo alto.*
2. *El principio de la fe, correlativo al dogma, que consiste en la absoluta aceptación de la Palabra divina con un asentimiento interno, en oposición a las informaciones de la vista y la razón.*
3. *La fe, como acto del intelecto, abre un camino a la investigación, comparación e inferencia, esto es, la ciencia en religión; este es el principio de la teología.*
4. *La doctrina de la Encarnación es el anuncio de un regalo divino transmitido en un medio material visible; el cielo y la tierra en la Encarnación están unidos. Es decir, el principio sacramental es característica de la verdadera idea de Cristianismo.*

El comentario es obvio. Newman afirma la vinculación de la fe con el dogma. vuelve a definir la fe como un asentimiento distinto del dado por visión y por la sola razón, y establece el desarrollo de la teología a partir de la fe. La Encarnación, el dogma central, es decir el Misterio de Cristo como centro de la fe, nos lleva al principio sacramental, como característica del cristianismo. Con esto, Newman ha expresado lo esencial.

La fe y el principio sacramental

Acerca del principio sacramental, que también llama sistema sacramental, dice en la Apología que es

la doctrina de que los fenómenos materiales son, al mismo tiempo, figuras e instrumentos de realidades invisibles; doctrina que abarca en su plenitud no sólo lo que anglicanos y católicos creen sobre los sacramentos propiamente dichos, sino también el artículo de la "comunidad de los santos" e individualmente los misterios de la fe³⁶.

Por supuesto, el analogado principal de este principio es Cristo mismo, que es la persona donde el mundo visible e invisible se encuentran.

Este principio, que ocupó mi tesis de licenciatura, creo que está en la base de todo el pensamiento de Newman. Referido a la fe podemos decir lo siguiente:

1. En primer lugar, el principio sacramental explica desde su origen al principio dogmático, que aparece plenamente justificado desde la sacramentalidad de la realidad del mundo creado. Con esto se define la forma como se presenta el objeto de la fe, y simultáneamente se pone la atención de él. El objeto especifica el acto

de fe. Aquí aparecen el lugar de nacimiento y la fe y cauce de su desenvolvimiento, que es la Iglesia, también de estructura sacramental, el objeto primario o contenido esencial de la fe que es Cristo mismo, y más específicamente la Encarnación del Verbo, como fundamento de toda la sacramentalidad de la creación; la teología escatológica, que resuelve la tensión de continuidad y ruptura de esta sacramentalidad, en la visión de beatitud. Además le ha permitido a Newman desarrollar adecuadamente, y siguiendo distintas analogías, las demás doctrinas u objetos de fe derivados.

2. En segundo lugar, el principio sacramental explica también la estructura interna de acto de fe del hombre, al descubrir en él una estructura antropológica sacramental, análoga a la del universo, y que fundamenta un modo de conocimiento también sacramental, de lo visible a lo invisible.

3. Pero en tercer lugar, no sólo nos abre la comprensión del objeto de la fe y de la estructura de mismo acto de fe, sino también a la preparación antecedente al acto de fe, lo que llamamos comúnmente "preámbulo fidei". La convicción de la realidad e importancia del mundo invisible, desde el principio sacramental, Newman la coloca como una opinión religiosa o sentimiento de religión natural, y forma parte, entonces, de la preparación antecedente al acto de fe, esclarece su objeto y acompaña el acto mismo de fe que va de lo visible a lo invisible, hasta el asentimiento real.

La fe como asentimiento al dogma

La fe como asentimiento, y en relación al principio dogmático, está estudiada sistemáticamente en la *Grammar of Assent* de 1870. Los primeros cuatro capítulos son el preludio para poder "determinar qué es un dogma y qué es creer en él"³⁷, problema central que aborda el capítulo V, el cual lleva el título de toda la obra: "Asentimiento religioso".

Pero recordemos antes el lenguaje usado por Newman. Para él, "asentimiento" significa una afirmación mental que mantiene una proposición considerada en sí misma, y que es incondicional, absoluta, y no admite grados. "Inferencia" significa una conclusión mental que mantiene una proposición en relación a otras proposiciones, es decir condicionada por las premisas. "Aprehensión" significa captación del sentido de los términos que componen la proposición, a modo de interpretación, y puede ser nocional o real. La aprehensión real es más fuerte, vívida y penetrante que la nocional. La aprehensión real es una experiencia de algo concreto que permanece en la mente por medio de la memoria en forma de imágenes. La aprehensión nocional transforma los objetos en ideas, abstrayendo. Aprehender realmente es tener una mente estrecha, pero profunda. Aprehender

nocionalmente es tener una mente amplia, pero superficial. La aprehensión real es el principio conservador del conocimiento. La aprehensión nocional es el principio ampliador del conocimiento. Sin la aprehensión de ideas siempre estaríamos dando vueltas a conocimientos; un pequeño círculo de conocimientos; sin agarrarnos firmemente a las cosas, nos perderíamos en vagas especulaciones. La aprehensión real tiene precedencia; es fin y meta de la nocional.

A una aprehensión real corresponde siempre un asentimiento real. A una aprehensión nocional puede corresponder un asentimiento nocional (que es siempre incondicional), pero también una inferencia. Las proposiciones acerca de individuos concretos son las únicas que no son nacionales; raras veces son objeto de inferencia. En el asentimiento nocional, lo mismo que en la inferencia, la mente contempla sus propias creaciones en vez de contemplar cosas. En el asentimiento real contempla cosas representadas por las impresiones que han dejado en la imaginación. El asentimiento real es de naturaleza personal. La aprehensión nocional es en sí misma un acto ordinario de nuestra naturaleza común.

Finalmente está la «imaginación», que en el lenguaje de Newman no quiere significar una representación visual claramente definida, sino un conocimiento (darse cuenta) de la realidad del objeto, una vívida realización (to realize) de un objeto particular, tan intensa que el objeto llega a ser un hecho en la imaginación. La memoria consiste en la imaginación presente de cosas que han pasado: imaginación reproductiva. Dice Merrigan, siguiendo a Walgrave, que Newman llama imaginación generalmente al «acto total por el cual captamos un objeto real. La imaginación es «nuestra facultad de conocer lo concreto»³⁸.

Aplicado todo esto al campo de lo religioso, en lo que concierne a la fe, podemos entender qué significa en la mente de Newman un asentimiento religioso. Reserva para éste las características del asentimiento real, y para la especulación teológica, el nocional. Dice así en el cap. 5:

Sin una proposición o tesis no puede haber asentimiento alguno o creencia; como tampoco puede haber una inferencia sin una conclusión. La proposición de que existe un Dios personal y omnipresente puede mantenerse de cualquiera de las dos maneras: como verdad teológica o como un hecho o una realidad religiosa... Y más adelante agrega: Un dogma es una proposición que puede representar o una noción o una cosa; crear un dogma es dar el asentimiento de la mente a esta proposición como representante de la una o de la otra. Dar un asentimiento real a esta proposición es un acto de religión; darle un asentimiento nocional es un acto teológico. Además las proposiciones son útiles también en su aspecto dogmático para determinar y imaginación religiosa debe descansar. El conocimiento debe preceder siempre al ejercicio de los afectos³⁹.

38 T. MERRIGAN, *Clear Heads and Holy Hearts*, Peters Press, Lovaina, 1995, pp. 48-51.

39 G. A., 128.

Y sigue diciendo: "Aquí tenemos la solución al error común de suponer que hay una cierta contradicción y antagonismo -entre un credo dogmático y una religión vital"⁴⁰.

Hoy asistimos a un sentimentalismo religioso sin contenido, a catequesis vaciada de las verdades dogmáticas, a confusas afirmaciones, cuando no puros interrogantes, a una insistencia en el aspecto vivencial de la fe, contraponiéndolo excluyentemente al doctrinal, a una religión sin objeto definido. Newman responde desde épocas en que ya estaban instaladas estas oposiciones, y él representa precisamente un ejemplo acabado de pensador donde la «coincidencia oppositorum» es clave para entender la realidad. Termina este admirable capítulo de la *Grammar*, diciendo:

Hemos de conocer a Dios antes de que podamos amarle, temerle, esperar o tener confianza en Él. La devoción debe tener su objeto; este objeto siendo de índole sobrenatural, si no está representado a nuestros sentidos por un símbolo material, ha de ser presentado a la mente en forma de proposiciones. La fórmula que para el teólogo encierra una noción, fácilmente sugiere un objeto de devoción para el simple fiel. Parece una perogrullada decir lo que en realidad resume todo lo que voy diciendo, a saber, que en la religión la imaginación y los efectos han de estar siempre bajo el control de la razón. La teología podría quedar como una ciencia sustantivo sin la vida de la religión; pero la religión no podría mantenerse sin la teología. El sentimiento, tanto si es imaginativo como emocional, no puede tenerse en pie sin apoyarse en el entendimiento, al menos cuando no podemos llamar a los sentidos en nuestra ayuda. De esta forma toda religión se apoya en el dogma⁴¹.

Pero el dogma ha de ser percibido como algo real. El gran filósofo Etienne Gilson, dice en el prefacio a una edición de la *Grammar*, que Newman

descubrió el poder que un dogma religioso puede ejercer en la historia de una vida humana concreta. Cuando es objeto aprehendido por la fe como una realidad objetiva absoluta, La religión es personal y real, y a menos que nos contentemos con un vago sentimiento religioso, el único camino para restaurar el cristianismo en los corazones y las mentes de los hombres es enseñarles cómo asentir a los dogmas como objetos reales y particulares⁴².

Los misterios de la fe y el Credo

Dice Butler en su *Analogy* que no nos debe sorprender encontrar tan grandes misterios en la revelación, desde que cuanto más científicos son nuestros

40 G A, 128.

41 C A, 129.

42 E. GILSON, prefacio a *Grammar of Assent*, Image Books, Lovaina, 1955, p. 17.

conocimientos de la naturaleza, lejos de disolver los misterios del universo, los hacen más profundos. La idea tiene su raíz en la enseñanza de los Padres, y sobre todo en Orígenes, citado por Butler: «Aquel que crea que la Escritura viene del Autor de la naturaleza debería esperar encontrar en ella la misma clase de dificultades que se observan en la constitución de la naturaleza»⁴³.

Newman, discípulo de Butler, en uno de sus primeros sermones, *Los misterios cristianos*, de 1829, expresa que las afirmaciones doctrinales de nuestra fe son ciertamente misterios, pero no están propuestas ni en la Escritura ni en la voz viva de la Iglesia como misterios, sino como revelaciones positivas, llenas de sentido para quien las acepte. Las doctrinas son desde el principio el objeto de una aprehensión real, que llevan no a un asentimiento nocional, como el que se da a ideas abstractas, sino a un asentimiento real correspondiente a realidades vivas que tocan nuestra propia vida. Dice en su sermón:

Esta doctrina de la Trinidad no es propuesta en la Escritura como un misterio. Parece pues que, así como descubrimos hechos muy señalados concernientes al mundo natural que no están en su superficie, así por la meditación detectamos en la Revelación este principio importante, que no está propuesto abiertamente: la luz religiosa es oscuridad intelectual.

La conclusión es: "parece, pues, que las dificultades en la revelación son dadas especialmente para probar 'la realidad de nuestra fe'. Son bloques de piedra para las mentes orgullosas no humildes y fueron intentados para eso. La fe es modesta, agradecida, obediente"⁴⁴.

El objeto de la Revelación es llevarnos a la salvación. No está mal querer saber más, por supuesto. En esto sigue a los Padres Capadocios que resistieron el racionalismo de Arrio y Eunomio. La teología no es pura construcción racional, sino conocimiento desde la fe, conocimiento salvífico.

En el sermón *Los Misterios de la Religión*, de 1834, el misterio es aquí no sólo algo inescrutable, sino la realidad positiva que la palabra evocaba entre los Padres y en San Pablo. Newman da esta definición: "lo que antiguamente se llamó una Verdad Sacramental, es decir, una gracia superior invisible alojada en una forma externa, una posesión preciosa para ser *guardada* piadosa y agradecidamente por el bien de la realidad celestial que ella contiene"⁴⁵.

Ahora bien, el Credo expresa la Verdad de modo sacramental, alejándola en la forma externa del lenguaje de la Iglesia, que contiene el misterio, y así pasa a ser imprescindible para la fe del creyente. Dice en la *Grammar*:

43 J. BUTLER, *Analogy*, p. XXVI; la cita de Orígenes está tomada de la *Philocalia*, antología de textos de este autor compilada por San Basilio y San Gregorio Nacianceno, en 358.

44 PPS I, 16.

45 PPS II, 16.

...los Credos tienen un lugar en el ritual: son actos de devoción y tienen el carácter de oraciones que se dirigen a Dios: hablar de dificultades intelectuales en tales oraciones estaría fuera de lugar. Especialmente hay que notar que el Credo Atanasiano ha sido llamado a veces el salmo Quicumque. No es una colección de ideas de gran peso. Es un salmo o Himno de alabanza, de confesión, de homenaje profundo y reverente, paralelo a los cánticos de los elegidos en el Apocalipsis... Es el himno guerrero de la fe, con el cual nos comunicamos a nosotros mismos y luego a los demás, a todos los que pueden llegar a oírlo, a los que llegan a oír a la verdad, quién es nuestro Dios, cómo hemos de adorarlo y cuán grande es nuestra responsabilidad si conociendo lo que hemos de creer no lo creemos... Por lo que a mí respecta lo he tenido siempre por el formulario más simple, más sublime, más devoto nacido en el cristianismo, más aun que el Veni Crator o el Te Deum. Iusta la forma antitética de sus frases en la que tantos parecen tropezar como si forzara o se regocijara en forzar sobre mentes recalcitrantes al misterio, tiene para mí, aun considerado nocionalmente, un sentido totalmente distinto. Lo considero como un control a nuestro razonamiento, para que no se precipite en una dirección más allá de los límites de la verdad...⁴⁶.

Newman enseña aquí lo que dice la teología actual⁴⁷: los credos son síntesis dogmáticas usadas en la Iglesia primitiva como confesiones de fe en estilo dialogado, dentro de la liturgia, que expresan una verdadera conversión de toda la persona. Se trata de la aplicación más clara del axioma «Lex orandi, lex credendi». Y Newman hace una acotación precisamente catequística: "los credos bastan para mostrar que el dogma puede enseñarse en toda su plenitud en lo que se refiere a la fe del pueblo y a la devoción, sin que sea necesario insistir en el carácter misterioso que radica en la combinación de las diversas proposiciones que lo comprenden"⁴⁸.

Disposiciones y convergencia de probabilidades para el asentimiento de la fe

Newman afirma que para una aceptación plena de la fe cristiana, hacen falta ciertas disposiciones, que él denomina «opiniones religiosas y sentimientos». Dice:

..no tengo escrúpulo en comenzar el examen que voy a hacer del cristianismo haciendo profesión de que me interesaré tan sólo por aquellos espíritus que están debidamente preparados para ello, y para estar preparado entiendo estar imbuido de las opiniones religiosas y sentimientos que yo he identificado con la religión natural.

46 G A, 138.

47 RAIZLINGER, J., *Teoría de los principios teológicos*, Herder, 1985, p. 15 y ss.

48 G A, 139.

Y las enumera:

1. *la fe y la percepción de la divina presencia,*
2. *el reconocimiento de sus atributos,*
3. *la admiración por su persona descubierta debajo de ellos,*
4. *la convicción del valor del alma,*
5. *la convicción de la realidad e importancia del mundo invisible,*
6. *la persuasión de que a medida que participamos en nuestra persona de los atributos que en Él admiramos, nos hacemos más amables a Él,*
7. *la consiguiente inteligencia de nuestra culpa y de nuestra miseria,*
8. *la esperanza anhelante de reconciliarnos con Él,*
9. *el deseo de reconocerle y amarle,*
10. *el vigilante estar alerta en todo lo que acontece, tanto en el curso de la naturaleza como en el de la vida humana, para descubrir las prendas que puedan encontrarse de que La ha derramado sobre nosotros lo que tan urgentemente necesitamos.*
11. *Estos son aspectos del estado de espíritu que yo desearía en aquellos que quieran investigar la verdad del cristianismo. Mi justificante en este requerimiento se halla en la enseñanza de la conciencia y del sentido moral, en el testimonio de los ritos religiosos que ha prevalecido siempre en todas las partes del mundo y en el carácter y la conducta de los que han sido comúnmente escogidos por el sentido popular como especialmente favorecidos por el cielo⁴⁹.*

Escribió este Ensayo con la esperanza de delinear un método 'popular, práctico personal' de reflexión sobre la fe cristiana y lograr nuestra incondicional aceptación. No contento con exhibir el método, lo aplicó en el capítulo final.

Si seguimos el discurso de la obra nos encontramos con que el asentimiento de fe se basa racionalmente sobre una convergencia de probabilidades, es decir, que la certeza sobre algo se logra no tanto por conclusión a modo de puro silogismo de la razón, sino por convergencias de distintos factores, unidos por lo que llama el «Sentido ilativo», dice:

...la fe de tantos miles de nuestros días en la divinidad de Jesucristo, no por ser común es necesariamente nocional, sino que puede ser una fe real y personal originada en las diversas almas por diversas experiencias y causas dispositivas combinadas de diversas maneras. Tales son una imaginación cálida y fuerte, una gran sensibilidad, la compulsión y el horror al pecado, la asistencia frecuente a la

*Misa y a otras ceremonias de la Iglesia, la meditación del contenido de los Evangelios, la familiaridad con cantos y poemas religiosos, el pensamiento de los motivos de credibilidad, el ejemplo y la instrucción de los padres, los amigos religiosos, las providencias extraordinarias, la predicación elocuente*⁵⁰.

Y más adelante:

*Al corazón se llega comúnmente no por la razón, sino por la imaginación, por las impresiones directas, por el testimonio de hechos y de sucesos, por la historia, por la descripción. Las personas nos influyen, las voces nos hacen derretir, las miradas nos subyugan, los hechos nos inflaman. Muchos hombres viven y mueren por un dogma, pero nadie es el mártir de una conclusión*⁵¹.

Con esta doctrina del conocimiento se revaloriza el «Intellectus» frente a la «ratio» exaltada por el idealismo racionalista. Pero también nos introduce en la relación entre fe e influencia personal.

La fe como respuesta a un testimonio personal

La influencia de las personas fue una de las grandes convicciones de Newman, que dio título y contenido a uno de sus más interesantes Sermones Universitarios, el quinto, La influencia personal como medio de propagar la verdad donde dice: "...la Verdad se ha aceptado en el mundo no por su carácter de sistema, ni por los libros, ni por la argumentación, ni por el poder temporal que la apoyaba, sino por la influencia personal de quienes testificaron, tal como lo he explicado, siendo a la vez maestros y modelos de la misma."⁵².

Recordemos un sermón ya citado: la fe posee dos características: "es segura, firme e inalterable en su asentimiento, y lo presta no porque vea con los ojos o con la razón, sino porque recibe las nuevas de uno que viene de Dios..". Es decir, que la fe no es sólo creer «algo» sino creer a alguien», es una entrega al testigo, que, por supuesto, debe ser «maestro y modelo» de la verdad que predica, como dice Newman.

Aquí parece estar la clave que sustenta toda su teología del laicado, es decir el papel que el cristiano tiene en el mundo desde su condición de hijo de la Iglesia. Y, por supuesto, la del sacerdote. Además, sustenta todo el pensamiento de Newman sobre la educación, realidad que vivió intensamente. No es eficaz enseñar lo que no se cree y mucho menos lo que no se practica. El maestro verdadero parece siempre enamorado de lo que trasmite y por eso logra verdaderos discípulos,

50 G A, 103.

51 C A, 107.

52 OUS, 146.

en el área que sea, tanto más en el orden de la enseñanza religiosa. Así nacieron las universidades antiguas y medievales, dice Newman, no con edificios y mecenas, sino alrededor de sabios maestros que eran buscados por eso mismo.

Los riesgos de la fe

Pero así como la fe es una entrega a un testimonio personal de aquél que ha visto y vive de acuerdo a su mensaje, también es entrega personal que supone vivir lo que se ha aceptado. En un inolvidable sermón, de los más penetrantes, llamado precisamente Los riesgos de la fe, Newman nos interpela así:

En esto consiste la excelencia y nobleza de la fe, esta es la verdadera razón por la que la fe es singular respecto a otras gracias, y honrada como el medio especial de nuestra justificación.- porque su presencia implica que tenemos el corazón para asumir un riesgo. 'La fe es la sustancia « es decir la realización, 'de las cosas que se esperan, la evidencia', es decir, la prueba, 'de las cosas que no se ven'. Esta es su verdadera esencia: hacer presente lo que no se ve, actuar sobre la mera perspectiva de ello como si realmente fuera poseído. La carta a los Hebreos muestra con el ejemplo de los santos antiguos, quién arriesgó su felicidad presente a cambio de la futura. Abraham 'salió sin saber adónde iba'. Nuestro señor aparece actuando después de la misma manera con San Pedro.- aceptó sus servicios, aunque le advirtió cuán poco él mismo lo entendía, tales fueron los riesgos hechos en la fe y en la incertidumbre, por los Apóstoles. Nuestro Salvador, en un pasaje del Evangelio de San Lucas, nos dice a todos la necesidad de hacer deliberadamente lo mismo. '¿Quién de vosotros, si quiere construir una torre, no se sienta primero a calcular el costo, para ver si tiene suficiente para terminarla? '. El caso del joven rico, que se fue triste cuando el Señor le pidió que dejara todo y le siguiera, es un ejemplo de uno que no tuvo fe para arriesgar este mundo por el próximo, fundado en Su palabra... Si la fe, pues, es la esencia de la vida cristiana, y si es lo que hemos descrito ahora, se sigue que nuestro deber reside en arriesgar, por la Palabra de Cristo, lo que tenemos por lo que no tenemos, y hacerlo de un modo noble y generoso. Esta es la cuestión: ¿qué hemos arriesgado nosotros?'⁵³.

La fe comienza como un riesgo, y la recompensa es «ver», aún considerando la realidad de la conversión aquí en la tierra, que es como un anticipo del paso definitivo al «ver» cara a cara en el cielo.

Fe, Iglesia y Liturgia

Esta relación de la fe con testimonios y riesgos personales, y lo expresado acerca

del Credo, nos lleva directamente a la convicción de que la fe está esencialmente vinculada con la Iglesia, más aún, que para ser fe ha de ser fe eclesial. Es asentimiento personal pero no nace de la solitaria voluntad de alguien, sino que viene siempre gestado y mediado en el ámbito de la Iglesia. Se trata de la fe de la Iglesia, transmitida y aceptada de manera vital. Dice Newman en un sermón de 1837:

Cuando recitamos el credo, no es por una opinión arbitraria y voluntaria, sino en la presencia de estos innumerables santos que recuerdan muy bien el sentido de las palabras y dan testimonio de él ante Dios. Cuando oramos no estamos solos. La Iglesia visible depende solo de la invisible. El mundo invisible, mediante el poder secreto y la misericordia de Dios irrumpe en este mundo y la Iglesia es precisamente la parte en la cual irrumpe⁵⁴

La Iglesia es precisamente el lugar de la fe. Es donde se celebran los misterios de la fe. Ella misma es misterio de fe, y administra los sacramentos de la fe, es decir, trasmite la gracia, hace presente y nos hace participar del misterio pascual de Cristo. Dice Bouyer que para Newman y los Padres de la Iglesia, en la línea de San Pablo y San Juan, somos salvos no solo *por* Cristo sino *en* Cristo. Adoptados como hijos, partícipes de su gloria por el Espíritu Santo, no solo *porque* el Hijo de Dios se encarnó sino, literalmente, *en* la Encarnación. Siguiendo a Atanasio y sus sucesores, la Encarnación implica toda la vida humana libremente aceptada y conscientemente vivida por el Verbo encarnado. Especialmente su muerte. Esto se hace nuestro por la entrega en la fe del misterio salvífico de la muerte y resurrección de Cristo. Este es el misterio que tiene lugar en las celebraciones sacramentales de la Iglesia. Pero los sacramentos, vistos por Newman en esta perspectiva, no son solo los siete canales de una gracia anónima y quasi abstracta. Los sacramentos, siguiendo nuevamente aquí a los Padres, son mejores aún las partes componentes de un organismo viviente, de un nuevo mundo en el cual somos introducidos cuando tomamos parte del culto de la Iglesia. Pues este mundo sacramental está dominado por la presencia misteriosa de Dios en Cristo, ya aquí y ahora, sobre la tierra, y no sólo es una preparación para el cielo sino su anticipación⁵⁵.

Esto lo hallamos expresado en varios sermones: *El culto, una preparación para la venida de Cristo*⁵⁶ (1834), *La presencia espiritual de Cristo en la Iglesia*⁵⁷ (1836), donde dice que Cristo nos ha dejado visiblemente para tener una presencia invisible accesible solo por la fe, desarrollando el sermón en la relación entre fe y visión, *La presencia eucarística*⁵⁸ (1838), y aquí podríamos hacer un capítulo aparte

54 PPS IV, 11, pp. 169-177, 179-80.

55 L. BOUYER, *Cosmos, the World...*

56 PPS V, 1.

57 PPS, VI 10.

58 PPS VI, 11.

para mostrar hasta donde la fe en Newman llega a su punto más alto en la consideración del misterio de la presencia real.

Pero sobre todo el sermón *La Iglesia visible, estímulo para la fe*⁵⁹ (1834) nos asombra por su actualidad. Allí Newman denuncia la clase de colapso nervioso que sufren muchos cristianos contemporáneos cuando se dan cuenta de que su fe ha llegado a ser decididamente de la minoría, pensando que permanece creíble solo en tanto aparezca como la convicción de la mayoría. Señala que aquellos que se entregan verdaderamente a Cristo han sido y serán siempre una minoría, aún en los llamados países cristianos, y no solo fuera del palio de la Iglesia visible, sino también dentro de ella. "Ciertamente no se puede negar que, si entregamos nuestros corazones a Cristo y obedecemos a Dios, seremos del número de los pocos. Así ha sido en cada época, y así será hasta el fin del tiempo... Aquí en un país llamado cristiano, la mayoría vive *para* el mundo..." Y esto no es menos cierto hoy.

Pero, dice Newman, esta no es razón para desesperar, ya sea de la supervivencia de la Iglesia fundada por Cristo, o del poder de Cristo de tocar a los hombres y salvar el mundo. Debemos darnos cuenta que esa maravillosa realidad de la Iglesia visible, su visibilidad esencial, esa característica de todo signo sacramental, no se mide por su aparente éxito en ninguna época. Luego, hasta el último Día, la Iglesia nunca podrá cesar de ser un objeto final de la fe. Nuestra fe en la Iglesia no es fe en aquellos hombres que están en ella ni en sus ministros visibles, sino en el

... Tenemos en la Escritura, el recuerdo de aquellos que vivieron y murieron por la fe en los tiempos antiguos, y nada puede privarnos de ellos... descubrimos que no estamos solos, que otros, antes que nosotros, estando en nuestra misma condición, han tenido nuestros sentimientos, han llevado nuestras luchas y han trabajado por el premio que buscamos. Nada eleva más el espíritu que la conciencia de ser un miembro de una grande y victoriosa compañía (El cristiano)... encuentra en la historia del pasado, una peculiar clase de consolación, que contrarresta la influencia del mundo visible... los santos de tiempos pasados han sido sellados para el cielo y le son revelados en su medida. Los espíritus de los justos le dan perfecto coraje para seguirlos. Esta es la razón por la cual es característico del cristiano mirar hacia los primeros tiempos. El hombre de este mundo vive en el presente o especula sobre el futuro, pero la fe descansa sobre el pasado y se contenta. Hace del pasado el espejo del futuro... ¡qué mundo de simpatía y consuelo es el que se abre ante nosotros en la Comunión de los Santos!... Ahora bien, una persona que cultiva estos pensamientos, encuentra en ellos, por la misericordia de Dios, gran ánimo... Hay un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un Dios y Padre de todos, del principio al fin.

único Maestro que los usa como meros instrumentos de Su gracia. Tenemos, además, la confianza cuando miramos a los que nos han precedido en la fe.

Recordemos que, precisamente Newman recorre todo el itinerario de conversión desde su profunda fe en la Iglesia, y que su búsqueda consistió en resolver cuál era y dónde estaba la verdadera Iglesia de Cristo. No le importó, como hemos dicho, lo que hubiera que perder, con tal de estar en la verdad plena.

Newman afirma que al participar del culto, de la celebración de los misterios de la fe, ésta se afirma, y estamos ya en la Iglesia invisible, que se hará visible el último Día.

Me refiero ahora a nuestras celebraciones sagradas, que pueden ser hechas como soporte de nuestra fe y esperanza. El que viene a la Iglesia para dar culto a Dios, sea de la alta o de la baja iglesia, entra en ese mundo celestial de los Santos del que he venido hablando. Pues en las celebraciones del culto logramos y hacemos real (to realize) lo invisible. Los ritos que contemplamos, imponen a nuestros sentidos la verdad invisible. La misma disposición del edificio, la luz tenue, las naves, el Altar con sus piadosos ornamentos, son figuras de cosas invisibles, y estimulan nuestra fe vacilante. Nos parece ver las cortes celestiales, con los coros de Ángeles, y los Apóstoles y Profetas escuchando, a medida que leemos sus escritos. Y por eso, participar del Domingo, puede aprovechar, por la misericordia de Dios, aún en el caso de aquellos que no se han entregado a Él... Digo que, aún a aquellos que viven para el mundo, el mero cumplimiento del domingo en la iglesia, es un momento continuo sobre sus conciencias, que les da una vista momentánea de las cosas invisibles, y rescatarlos en cierta medida de la servidumbre de Mamón o de Belial. De allí que sea el primer intento de Satanás, cuando quiere arruinar un alma, convencerla de profanar el día del Señor. Y si este es el efecto de venir a la iglesia una vez a la semana, aún para una mente indecisa y carnal, ¡cuánto más impresionantes y vigorizantes serán las celebraciones para hombres que vienen diariamente o frecuentemente!

Adviértase cómo Newman ilumina la urgencia, hoy más que nunca, de una verdadera vida litúrgica como el medio imprescindible para una vida de la fe, y cómo debemos custodiar y aún defender hoy la santificación del Día del Señor, como nos ha recordado el Papa en su Carta «Dies Domini».

María, modelo y maestra de la fe

La Santísima Virgen, que nunca estuvo ausente de la mente y el corazón de John Henry Newman, fue recordada justamente cuando predicó su famoso Sermón

Universitario n' 15 sobre *La teoría del desarrollo doctrinal* el 2 de febrero de 1843, fiesta de la Purificación. El texto bíblico que preside todo el sermón es de San Lucas 2,19, que dice: " Pero María guardaba todas estas cosas meditándolas en su corazón". Recordando la respuesta de María en la Anunciación, dice Newman:

Pero la fe de María no se limitó a una mera aquiescencia a los designios y a la revelación de Dios; el texto inicial de este sermón nos informa que, además, «meditaba» todo aquello. Cuando llegaron los pastores y contaron la visión de ángeles que habían tenido en el momento de la Natividad, y cómo uno de ellos les anunció que el Niño nacido de María era «un Salvador: el Mesías, el Señor» (Lc 2, 11), mientras los que escuchaban no salían de su asombro, «María guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón» (Lc 2,19). ... Así, Santa María es, nuestro modelo de fe, tanto en la aceptación como en el estudio de la verdad divina. No le basta con recibirla, sino que profundiza en ella. No empieza, por cierto, razonando, como Zacarías,, vino creyendo primero - y luego, por amor y reverencia, usando la razón detrás de la fe. De este modo ella simboliza para nosotros no sólo la fe de los sencillos, sino también la fe de los doctores de la Iglesia, los que tienen que investigar, profundizar y definir el sentido del Evangelio, además de profesarlo; los que tienen que trazar la línea divisoria entre la verdad y la herejía - prevenir o poner remedio a los diversos extravíos de la razón incorrecta; combatir el orgullo y el atrevimiento con las mismas armas que ellos usan, y triunfar así sobre los amigos de agucias e innovaciones⁶⁰.

Terminemos con una de las oraciones escritas por Newman:

Dios mio, Tú dijiste que soy más feliz si creo en Ti que si te hubiera visto. Hazme capaz de creer como si viera; que siempre te tenga ante mí como si estuvieras presente corporalmente. Que toda la vida mantenga la comunión contigo, Dios escondido, pero viviente⁶¹. ❧

60 OUS, 363-367.

61 En *Cuaderno de oraciones*, recopilación de A. Boix, ed. Balmes, Barcelona, 1990.